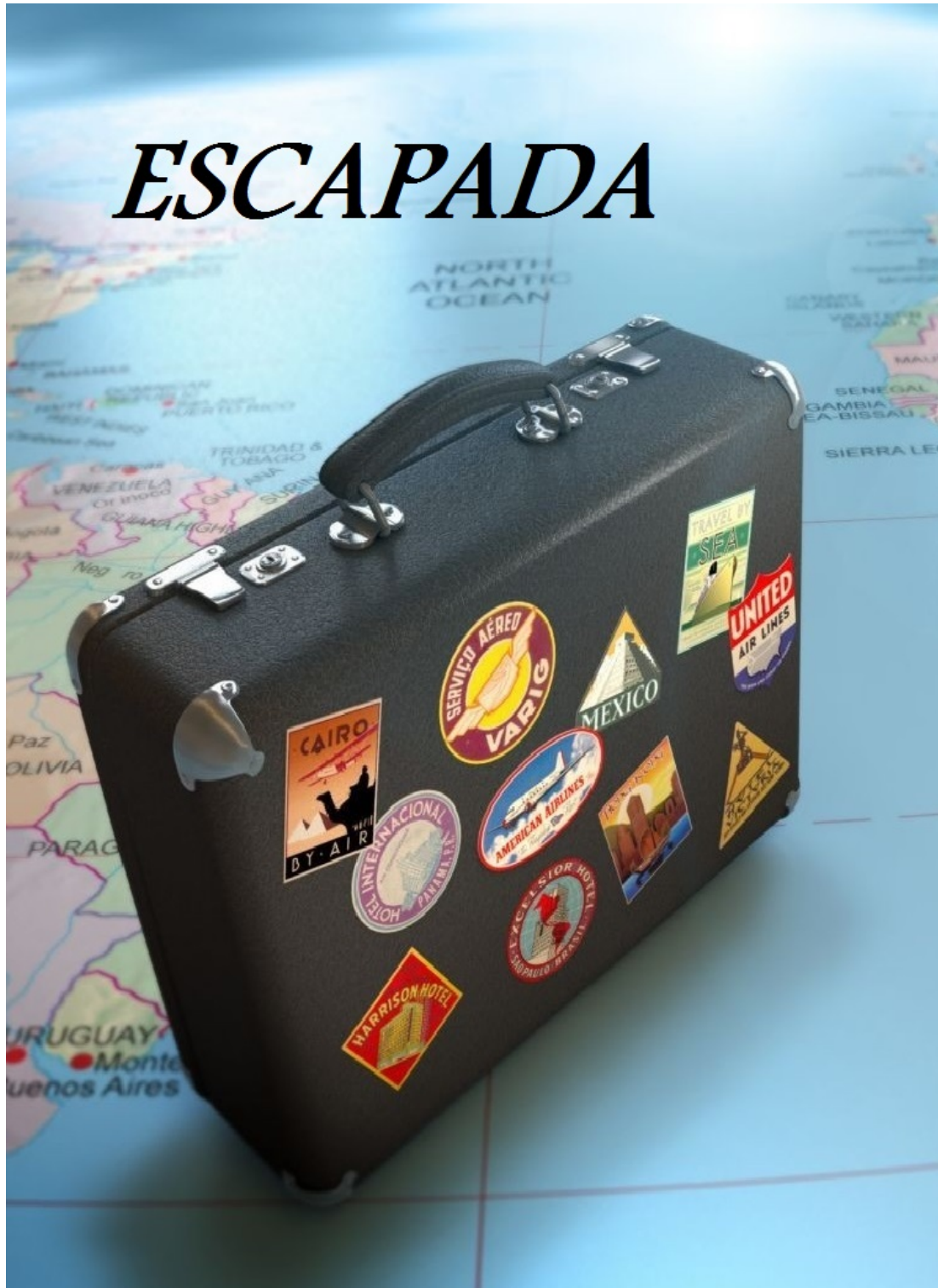


Escapada

Alberto Garcia Sanchez



Capítulo 1

Escapada

A pesar de que el verano se encontraba en pleno esplendor correspondiente al declive de julio y al amanecer de agosto, la temperatura no daba razones para creerlo. Les acompañaba una brisa que con un ligero y tenue vaivén, despertaba de su letargo los finos cabellos que como un manto aterciopelado cubrían sus pieles descubiertas por las indumentarias claramente estivales. Las hojas de los árboles parecían divertirse bailando al son de los compases que marcaba el viento, mientras que las aves que las habitaban no parecían estar de acuerdo con esta actitud. Muy probablemente todo ello era consecuencia de las nubes que de forma no muy optimista, prevenían con su tono gris ceniza.

Esto no les importaba en demasía, ya que estaban de vacaciones y el estado jovial que habitaba en sus interiores, no era tan fácilmente perturbable. En otras condiciones podría haberles causado molestia e incluso enojo, pero la belleza y perspectivas que ofrecía la estancia, eran suficientes, para poder prescindir del exterior.

El hotel, como la mayoría de ellos, tenía un encanto especial. La situación era excelente ya que se encontraba en un emplazamiento bien comunicado en las cercanías de una ciudad de mediano tamaño, pero con la característica especial e imperativa del aislamiento que la naturaleza le concebía. La total ausencia de ruido artificial era perfectamente zapado con los sonidos de la naturaleza, el traqueteo de las hojas en constante fricción unas contra las otras, las pequeñas escaramuzas protagonizadas por algún ave que increpaba a sus vecinas, un grillo solitario entonado su personal tonadilla, el ulular del viento surfeando entre las ramas de los árboles, todas estas desencadenadas melodías les insuflaban unas sensaciones de paz.

La entrada al recinto que englobaba todas las instalaciones del hotel, se extendía por un doble pasillo de asfalto, dividido por un pequeño paseo a modo de rambla, ornamentado con la acertada presencia de maceteros con largas cabelleras de flores blancas y rosáceas, que recordaban un helado de nata y fresa, todo ello encapotado por dos hileras de álamos de un tamaño considerable. El camino se encontraba flanqueado a derecha e izquierda por una serie de palmeras que vigilaban como si de inmóviles centinelas se tratase, a todos los viajeros que osaban penetrar la travesía en busca de refugio y descanso. Durante la totalidad del trayecto estas se vestían con sendos jardineras que manifestaban la vana intención de ocultar unas instalaciones desplegadas de forma asimétrica en ambas laderas del camino. La explanada que se vislumbraba a la derecha, parecía usarse como aparcamiento improvisado para ocasiones especiales,

en su interior no existía vehículo alguno, pero se podían ver fácilmente huellas de neumáticos que surcaban el suelo, estas parecían haberse quedado grabadas como si de esculturas de orfebrería se tratase, muy posiblemente a consecuencia de algún barrizal tras abundantes lluvias. Al este se levantaba un muro de piedra que se extendía desde el badén de palmeras y las jardineras, hasta la valla que marcaba la frontera norte del complejo. Al oeste se alzaba un montículo de cemento de poco más de medio metro, este albergaba lo que en su día fue una pista de tenis, las marcas que estandarizaban los límites de la cancha seguían presentes, pero no quedaba resto alguno de red, ni de la cerca usada en su día para evitar que las pelotas escapasen del recinto y pudieran agredir a alguien por accidente. En el lado opuesto de la calzada, de manera similar se abría paso una extensión mucho mayor, esta estaba compuesta de dos alturas. La parte más baja se encontraba semi-asfaltada, mientras que la elevación únicamente poseía su manto de tierra y piedras original, ambas estaba unidas por una rampa de tierra prensada, pensada para dar acceso a vehículos. Al contrario que el emplazamiento anterior, este estaba claramente destinado a albergar de forma rutinaria los vehículos de algunos de los clientes del hotel, en él aparecían aparcados una trentena de estos de múltiples marcas y nacionalidades. Sin embargo algo hacía pensar que no era el estacionamiento principal o "vip" del hotel.

Tras realizar dicho recorrido en su coche, Juan y Lidia aparcaron momentáneamente en el parking inferior, en la zona desprovista de calzada, situaron su vehículo perpendicularmente al seto en forma de batería, bajo la acogedora sombra de una palmera, con sus enormes hojas en forma de corona al final, que con una oscilación armónica jugueteaban con los desesperación de las partículas solares por atravesar su hojarasca. Tras un largo viaje, y no es que a Juan le importara conducir, es más le encantaba, se agradecía la llegada a la meta, al bien merecido descanso.

Les fue imposible no detenerse unos instantes para hacer acopio de todo el esplendor que les rodeaba, memorizar y almacenar cada detalle, cada postal para poderla recordar en el futuro. Tuvieron que reconocer que la primera impresión no decepcionaba en absoluto, pues excedía en mucho las más optimistas expectativas. El recinto en si era un cuadro, una pequeña obra maestra colgada del cielo por hilos invisibles, pero sin autor que rubricara su trabajo. Desde donde se encontraban podían ver el majestuoso edificio principal que como un gran mayordomo de hormigón muy ornamentado se encargaba de dar la bienvenida al visitante y al curioso. Precedía a este una circunferencia perfecta, que a modo de plaza era sin duda la guinda del pastel que decoraba la entrada.